

NOTAS SOBRE EL VALOR DEL ESPACIO: MÍNIMA APROXIMACIÓN A LO QUE IMPORTA.

Alicia Llarena González

Desde hace tiempo me interesan las reflexiones sobre el “espacio” como categoría central de nuestra civilización, como uno de sus conceptos nucleares y, además, como el más altamente interdisciplinario de nuestra cultura, tal como señalara el gran geógrafo brasileño Milton Santos, que fue uno de los pensadores más destacados sobre los problemas de la globalización y el Tercer Mundo¹. Me interesan también los discursos literarios y en general artísticos del espacio, esto es, cómo se funda imaginariamente nuestra idea de ciudades, territorios, paisajes, regiones y países a través de las representaciones simbólicas en la literatura, en las artes plásticas, en el lenguaje audiovisual, en el cine.

Me importan asimismo las reflexiones de género, la escritura de las mujeres, la visión desde su experiencia, su historia y su biografía; y me conciernen e interpelan sobre todo algunas de las tendencias del pensamiento contemporáneo: la “ecosofía”², esa “ecología profunda” que descarta el protagonismo antropocéntrico en beneficio de la biodiversidad y que integra e involucra la responsabilidad medioambiental, social y mental en la búsqueda de una sabiduría necesaria para habitar el planeta; la “ecocrítica”³, una corriente interesada en el estudio de las relaciones entre la literatura y el medio ambiente y que puede ir más allá de un mero recuento de las representaciones del mundo natural en las obras escritas, preguntándose, por ejemplo, cómo la retórica y los discursos (políticos, publicitarios, artísticos, etc.) sobre la naturaleza influyen en nuestro modo de tratarla; el “ecofeminismo”⁴, que pone en primer plano nuestra naturaleza ecodependiente e interdependiente, después de haber neutralizado los binomios mujer-naturaleza/hombre-cultura y subrayado las conexiones simbólicas entre la dominación y la explotación del cuerpo de las mujeres y la dominación y explotación de la naturaleza; y finalmente la “Ética del cuidado”⁵, en mi opinión el nuevo paradigma que guiará los cambios socioculturales, espirituales y políticos de las próximas décadas, en tanto postula la indivisible complementariedad entre derechos y responsabilidades y apunta a un desarrollo moral donde las discrepancias y rivalidades sean sustituidas por el respeto mutuo. De acuerdo con este nuevo paradigma es imprescindible poner en valor “la riqueza invisible del cuidado”⁶, el patrimonio afectivo que consigue sostener la vida en medio de la vulnerabilidad, la injusticia, la barbarie, los contratiempos de la vida cotidiana, otorgándoles un absoluto reconocimiento, una mayor visibilidad, una posición de privilegio y la consideración como uno de los grandes bienes sociales.

Percibo que estos intereses personales y estas corrientes de pensamiento que están hoy sobre la mesa del debate académico y social, se alinean de algún modo con los objetivos, los análisis, los conceptos, los diagnósticos y los proyectos de la arquitectura y del urbanismo con perspectiva de género, pues comparten, total o tangencialmente, los contenidos y propuestas de estas posiciones teóricas y tratan de vertebrar y de convertir en materia significativa la gran experiencia y los enormes saberes que atesoran las mujeres (por consabidas razones de historia y de asignación de roles) y que hoy son radicalmente necesarios para proyectar espacios y ciudades donde pongamos la vida y el bienestar de las personas en el centro: espacios más habitables, más sostenibles, más seguros, más inclusivos, en definitiva más humanos.

Nunca debimos perder el camino del diálogo entre las ciencias y las humanidades, pues esa conversación antiquísima es una de las grandes fuentes del pensamiento crítico y del enriquecimiento personal y colectivo, y se me antoja que es hoy un déficit necesitado de urgente reparación para ambos lados de la moneda del conocimiento, de ahí que celebre este encuentro de saberes que integra a disciplinas tan determinantes en la creación de los hábitats y espacios donde se desarrollan las vidas humanas y en la planificación de las relaciones sociales, con la perspectiva que aporta la mirada feminista, el ángulo desde el que las mujeres han vivenciado y pensado el mundo, el relato de la mitad de la población que habla para el conjunto. Porque eso es el feminismo, una reflexión, un proyecto y un acción que concierne a la humanidad, una historia propia de mundología, prácticas y destrezas que se generó durante siglos en el ámbito privado de la atención y la asistencia, en los espacios compartidos del cuidado, en la casa común de la vida, y en amplios territorios de exclusión, invisibilidad, márgenes, orillas y discriminación que, sin embargo, son los que permiten hoy construir un relato integrador, empático y sensibilizado con la totalidad.

¹ Entre los títulos de Milton Santos que tienen interés en una aproximación cultural hacia el tema del espacio, podrían considerarse sus libros *De la totalidad al lugar*; *Metamorfosis del espacio habitado* y *La naturaleza del espacio*.

² Uno de los textos emblemáticos es el conocido ensayo *Las tres ecologías*, de Félix Guattari.

³ *The Ecocriticism Reader: Landmarks in Literary Ecology*, de Cheryll Glotfelty & Harold Fromm, sigue siendo hasta ahora el texto canónico sobre el tema.

⁴ Entre los trabajos de Alicia Puleo pueden destacarse sus libros *Ecofeminismo para otro mundo posible* y *Claves Ecofeministas*. Para rebeldes que aman a la Tierra y a los animales. De Yayo Herrero pueden sugerirse, entre otros, sus artículos “Ecofeminismos para evitar la barbarie”, “Vivir y trabajar en un mundo justo y sostenible”, “Cooperar y cuidar de lo común para sobrevivir” y “Apuntes introductorios sobre el Ecofeminismo”.

⁵ La “Ética del cuidado” fue puesta en circulación por la psicóloga y filósofa estadounidense Carol Gilligan en *In a different voice: psychological theory and women's development*.

En ese rico y provechoso camino del diálogo interdisciplinar ¿qué pueden decir las ciencias humanas en un contexto tan técnico como el que aquí nos solicita? ¿Qué aportarían las humanidades a una conversación académica o profesional sobre el espacio construido, y construido además con perspectiva de género? Quizás y sobre todo un énfasis en la certeza sobre la importancia del espacio, sobre su carácter nuclear en la cultura y el pensamiento, sobre su hondura en la trama simbólica de las comunidades y civilizaciones y sobre su profunda y densa incidencia psíquica, cuestiones e ideas que han sido descritas en numerosas e interesantes aportaciones, algunas de ellas esbozadas por mujeres que han sido también influyentes en los estudios de género.

Empecemos por señalar una obviedad y es que toda experiencia humana es experiencia espacializada (“*All experience is placed experience*”), sucede en algún sitio, en algún espacio, somos seres “emplazados” en un tiempo y en un lugar que no son solo materiales sino también simbólicos⁶. Ya sean espacios naturales o construidos, el hecho es que nuestra experiencia está ligada a ellos, y que por esa misma ligazón se llenan de significación y contenidos, se vuelven espacios “sagrados”. Así lo entendió Mircea Eliade, autor de una antropología profunda que puso sobre la mesa precisamente eso, el carácter sagrado del espacio. La experiencia espacial, nos decía, es una experiencia religiosa en el sentido etimológico (re-ligar), intensamente vinculante, portadora de raíz y de estabilidad: “El paisaje natal, el paraje de los primeros amores, una calle o un rincón de la primera ciudad extranjera visitada en la juventud. Todos estos lugares conservan incluso para el hombre más declaradamente no religioso, una cualidad excepcional, única: son los lugares santos de su universo privado”⁷

Es curioso que en estos tiempos gobernados por un pensamiento abstracto neutro, y por un fundamentalismo científico y tecnológico sin precedentes, se haya recobrado la noción de “arraigo”, un concepto que la filósofa francesa Simone Weil situó en primer plano en una obra considerada a mitad del siglo XX como uno de los grandes tratados de nuestra civilización, su célebre libro *Echar raíces* de 1943. Weil denunciaba en aquellas páginas lo bárbaro que resulta el desarraigo de los seres humanos, pues “Echar raíces quizá sea la necesidad más importante e ignorada del alma humana”⁸. A Weil le preocupaba la opresión que genera toda dominación colonial, una práctica política que se fundamenta en quebrar la memoria colectiva de los territorios colonizados, en desarraigarlos, en desarticular y romper sus lazos simbólicos, sus lugares emblemáticos, sus asentamientos y sus núcleos

urbanos, reflexión que por momentos acabó convirtiéndose en un excepcional manifiesto sobre la belleza de las ciudades y, en definitiva, sobre el valor de la belleza del mundo:

“El amor a la belleza del mundo que es universal entreaña como amor secundario y subordinado el amor a todas las cosas verdaderamente preciosas que la mala suerte puede destruir... las ciudades humanas principalmente, rodean de poesía la vida de sus habitantes. Son las imágenes y reflejos de la ciudad del mundo. (...) destruir ciudades, sea material o moralmente, o bien excluir a los seres humanos de la ciudad precipitándose entre los desechos sociales es cortar todo lazo de poesía y de amor entre las almas humanas y el universo. Es sumirlo por la fuerza en el horror de la fealdad. No existe ningún crimen mayor”⁹.

Si lo pensamos bien, puede resultar incluso alarmante cómo hemos olvidado o secundarizado la influencia psíquica del espacio, de la belleza y del arte, y si bien reconocemos que el influjo del medio ambiente y del entorno en los sujetos físicos es obvio, solemos menospreciar su determinación y sus efectos en los estados psíquicos más internos, menos evidentes pero a la vez más acusados, una relación poderosa que ya trató de sanar y hacer visible en los años cincuenta la “Psicogeografía” de Guy Debord en su intento de corregir el anodino y excesivo funcionalismo de la arquitectura de posguerra y en su proposición terapéutica de “la deriva” frente a la rutina. En 1993 Winifred Gallagher fusionará el conocimiento de las ciencias del comportamiento y la ciencia medioambiental para explorar la interacción entre nuestros mundos externos e internos y la influencia del entorno en nuestro cuerpo emocional y psíquico, en un libro que entonces me pareció, desde el título mismo, una revelación: *The Power of Place: How Our Surroundings Shape Our Thoughts, Emotions, and Actions*. Hace apenas tres años, Ellard Colin retoma este interesante camino teórico y especulativo con una reflexión psicogeográfica desde otro lugar, la neurociencia, a la que pone en diálogo con la psicología, la arquitectura, el urbanismo y las humanidades, para apuntalar las evidencias de *La influencia de los lugares en la mente y el corazón*, que es el título de su interesante trabajo. No sólo los espacios naturales sino también los espacios construidos, llámense edificios, plazas o ciudades, pueden propiciar una experiencia agradable y una emoción de grandeza generando estímulos saludables y felices en los que Colin denomina “lugares de deseo” y “lugares de afecto”, pero también todo lo contrario en los “espacios de ansiedad”, “lugares aburridos” o “espacios sobrecogedores”.

⁶ *La riqueza invisible del cuidado* es el título del excelente, documentado y voluminoso trabajo, ya imprescindible, con el que Ana María Durán hace visible la tarea social del cuidado y defiende su reconocimiento y su incorporación al análisis económico.

⁷ Rockwell Gray, en “Autobiographical Memory and Sense of Place”, p. 9.

⁸ Manuel Ángel Vázquez Medel es el autor de la “Teoría del Emplazamiento” (TE) anunciando que ésta “subraya nuestro tiempo y lugar (cambiante, dinámico y relacional) en el mundo, desde nuestro triple emplazamiento (personal, espacial, temporal) tanto desde una perspectiva material (aunque no materialista) y simbólica” (p. 11). Añadirá que “Estamos en el mundo. Habitamos el mundo. Y somos habitados por el mundo. Somos mundo. Pero el mundo es una creación de la conciencia, en la misma medida en que la conciencia y la mente son creación del mundo. El mundo es también artificio, adaptación a unos contornos, a unas circunstancias. Espacio simbólico donde interactuamos con los demás. Intersección de espacios, de tiempos, de personajes heterogéneos. (...) Somos un complejo bio-psico-social en el que cada una de estas dimensiones interactúa con las otras y se retroalimentan. Somos cuerpo, somos psique, somos elementos de una intrincada sociedad en cuya red estamos atrapados, cuyos hilos nos traspasan, nos mueven, nos conmueven” (p. 22). Finalmente, Vázquez Medel recuerda que “Habitamos un lugar y un tiempo (de manera constantemente dinámica y cambiante), pero también habitamos lugares simbólicos en la semiosfera (Lotman), en la noosfera, asignados por las redes de mediación culturales que nos constituyen. Existe, pues, una topología del ser de la que debe derivar una ontología topológica, y nuestro conocimiento es cartografía del ser (p. 26).

⁹ Mircea Eliade (1967). *Lo sagrado y lo profano*, p. 29.

Con toda certeza cada quien tiene su propio repertorio espacial ligado a estos conceptos/emociones, y en el universo de las representaciones socioculturales hallaremos no pocas narraciones y anécdotas al respecto.

Me viene a la mente, por ejemplo, uno de los artículos de opinión de la joven escritora chilena Carolina Sanín titulado “Árboles de Bogotá”, donde cuenta que a su regreso a la ciudad, después de ocho años, percibió su incapacidad y la de sus conciudadanos para nombrar los árboles, relacionando la desaparición de ese lenguaje con un signo de alienación y pérdida de vínculo hacia ese patrimonio público. Cuenta también dos incidentes que le ocurrieron en una misma semana: el primero tuvo lugar cuando un taxista que la conducía por la avenida Circunvalar comentó espontáneamente que los árboles que se veían al borde de la calle estaban muy altos y había que cortarlos; el segundo ocurre mientras toma una foto de un saúco cercano a su casa y alguien que venía caminando le dice que esos árboles están demasiado altos y hay que tumbarlos. Ambas anécdotas arborícolas “Fueron ejemplos y presagios de la violencia que subyace tras todas nuestras violencias (...)”

Consideramos la vida amplia y alta como atrofia. El árbol deja de ser el símbolo auspicioso de la vida, de las relaciones, de la hospitalidad y del saber, para convertirse en indicio de lo amenazante, lo inquietante y lo sedicioso. Y entonces la vida, las relaciones, la hospitalidad y el saber se convierten, ellos mismos, en lo amenazante, lo inquietante y lo sedicioso”. Sanín cierra el artículo haciéndose eco de las talas masivas e indiscriminadas que se vienen perpetrando en Bogotá por parte del gobierno local con la excusa de que constituyen un peligro para la supervivencia o la felicidad de los ciudadanos, cuando en verdad obedecen a un plan de “renovación paisajística” diseñado a gusto del alcalde, que desea “alamedas de árboles parejos como las que ha visto en ciudades que considera más dignas”. En contra de la percepción del alcalde, que ve en la variedad de árboles bogotanos un “matorral espantoso”, la escritora defiende que “es importante que el paisajismo urbano vincule a los ciudadanos con la naturaleza de la que la ciudad los excluye, para no quedar excluidos también de la ciudad”, y aún más, divulga la conciencia de que la falta de curiosidad por la realidad vegetal y por el lenguaje que la nombra “es lo mismo que nuestra falta de cuidado, que es lo mismo que nuestro sometimiento a los caprichos del poder”.

Por su parte, el director de cine argentino Gustavo Taretto, es el autor de una película de 2011 titulada Medianeras, que ya había rodado como un corto en 2005, y en la que destaca una reflexión sobre Buenos Aires y sobre la incidencia de la ciudad y su arquitectura en la vida de las personas. La proliferación de apartamentos en modo cajas de zapatos, pequeños y sin luz, y la incomunicación y la soledad a la que se ven sometidos sus habitantes, promueve que abunden las ventanas ilegales en las paredes medianeras, una forma popularizada de sobrevivir al enclaustramiento y la oscuridad. El narrador que habla en la película mientras se suceden los planos de la ciudad caótica y desapacible, afirmará, psicogeográficamente: “Estoy convencido de que las separaciones y los divorcios, la violencia familiar, el exceso de canales de cable, la incomunicación, la falta de deseo, la abulia, la depresión, los suicidios, las neurosis, los ataques de pánico, la obesidad, las contracturas, la inseguridad, el estrés y el sedentarismo son responsabilidad de los arquitectos y empresarios de la construcción. De estos males, salvo el suicidio, padezco todos”. Al margen de las licencias literarias que se permite en este discurso, entre las que la hipérbole tiene un lugar prominente e incluso un barniz humorístico, el párrafo no tiene desperdicio como resumen del vínculo profundo que nos liga con los espacios que vivimos.

Si ya está clara, entonces, la poderosa significación del espacio en la trama de la vida ¿Qué hay del espacio construido con perspectiva de género? Apuntaré un par de ideas para dar cuenta de las generosas relaciones simbólicas género-espaciales en el ámbito humanístico. En primer lugar, habrá que recordar que una de las grandes dádivas es el quiebre simbólico que ha supuesto en las últimas décadas revisar los espacios tradicionalmente asignados a las mujeres, y que ha hecho visible una lectura más honda de esta cuestión. Sabemos que la categoría del espacio es un paradigma que marca el pensamiento y las acciones de nuestra cultura y de nuestras sociedades. Sabemos también que por lo mismo es posible leer en ellas las conexiones que hay entre el espacio y el poder (la historia del urbanismo es la historia del poder, diría Foucault). Desde ahí, consideremos la tradicional división entre los espacios masculinos y femeninos que vino a poner de manifiesto la trillada disputa espacial entre los sexos (lo público/lo privado) y, en especial, algo más subterráneo y potente: que “El problema básico de la mentalidad occidental no es el espacio del género, sino el espacio del poder y, sobre todo, el poder del espacio”¹²

¹⁰ Simone Weil (1996). Echar raíces, p. 51.

¹¹ Simone Weil (2000). Escritos de Londres y últimas cartas, p. 77.

¹² José Luis Ramírez González (1996). “El espacio del género y el género del espacio”, p. 9.

En la vieja distribución del pensamiento binario, el espacio poderoso es el espacio público-masculino, el que asociábamos con la ciencia, con la generación de conocimiento, con la legitimidad de la ilustración o la sapiencia. En cambio, en el espacio privado-femenino tienen lugar los saberes menos importantes, los prescindibles, los subjetivos, los íntimos, los que no atraviesan la barrera inmediata para permear en el tejido del imaginario social. Y es curioso e impactante darse cuenta de que es justo ese anclaje en la experiencia cotidiana, la fuerza de las pequeñas historias, el heroísmo de lo diario, de lo habitual, de lo ordinario, eso que en conjunto no suele estar representado en los grandes relatos como acontecimientos glamurosos o sucesos extraordinarios, lo que da soporte, lo que sostiene, lo que proporciona oxígeno y continuidad a lo socialmente esencial, a la vida misma de cada ser vivo. Que la “riqueza invisible del cuidado” haya sido orillada de los análisis macroeconómicos y que la energía que moviliza para toda la humanidad no cuente en las estadísticas, no significa que el espacio doméstico y el trabajo de atención y de cuidado sean sinónimos de inacción o pasividad sino, al contrario, apenas empezamos a tomar conciencia y ver con claridad que son los lugares donde sucede la verdadera afirmación de la vida. La importancia política del espacio cotidiano es absoluta, lo refrendan las miradas ecofeministas y ecosóficas con las que iniciamos estas páginas, poniéndonos frente al espejo de la vulnerabilidad y la interdependencia. Se trata entonces de sumar al proyecto civilizatorio lo que hasta hoy se tomó por irrelevante, lo que pareció tener un interés escaso, poco atractivo, e iluminarlo, conferirle brillo, legitimidad, reconocimiento, atribuirle la trascendencia que posee. La experiencia que atesoran las mujeres en estos ámbitos y en estas prácticas son beneficiosas para el conjunto, imposible avanzar hacia sociedades más justas y transitar hacia arquitecturas, planificaciones y diseños urbanos más cooperativos y responsables sin tenerla en cuenta.

Decía la lingüista y semióloga italiana Patrizia Violi, ya hace tiempo, que “Todo lo nuevo e interesante que ha surgido en las actividades de las mujeres en los últimos años está referido constantemente a la reflexión sobre lo individual y los espacios que más propiamente le pertenecen: la cuestión de lo ‘personal’, de la diferencia, de la afectividad, de la sexualidad, en una palabra, de la subjetividad” y que “Esta especial forma de conocimiento que tiende a ligar y a relacionar la subjetividad de la experiencia con las formas generales en que la experiencia está inscrita, empieza hoy a manifestarse, quizás de modo todavía parcial pero ya reconocible”(Violi,1991)¹³. Corrían los años 90 cuando escribía estas líneas, a modo de pronóstico y previsión de futuro, señalando autopistas por donde conducirnos. No se equivocó. Lo revolucionario en la agenda de estos días es promover políticas, culturas, economías, ciencias, comunidades que garanticen el bienestar, la vida digna, vidas que merezcan ser vividas, y si algo quieren comunicar estas páginas es que la arquitectura, el urbanismo y el género, en conjunción de técnicas, prácticas, experiencias y saberes, tienen por delante una tarea fascinante: procurar que los espacios que habitamos sean cada vez más amables, más bellos, más significativos, más adecuados, más acogedores, más inclusivos, más funcionales y más cómodos para el deber planetario de cuidar, de compartir y de relacionarnos.

¹³ Patrizia Violi (1991). El infinito singular, p. 157.

BIBLIOGRAFÍA

- COLIN, E. (2016). *Psicogeografía: la influencia de los lugares en la mente y el corazón*. Barcelona: Ariel.
- DURÁN, A.M. (2018). *La riqueza invisible del cuidado*. Valencia: Universitat de Valencia.
- ELIADE, M. (1967). *Lo sagrado y lo profano*, Madrid. Ediciones Guadarrama.
- GALLAGHER, W. (1993). *The Power of Place: How Our Surroundings Shape Our Thoughts, Emotions, and Actions*. New York: Harper Collins Publishers
- GILLIGAN, C. (1982). *In a different voice: psychological theory and women's development*. Harvard University Press, Cambridge, Ma.
- GLOTFELTY C. y FROMM, H. eds., (1996) *The Ecocriticism Reader: Landmarks in Literary Ecology*. Athens, Georgia: University of Georgia Press.
- GRAY, R. (1989). "Autobiographical Memory and Sense of Place", *Essays on the Essays: Redefining the Genre*, Burrym, A. ed., Athens, Georgia, University of Georgia Press, p. 9.
- GUATTARI, F. (1996). *Las tres ecologías*. Valencia: Pre-Textos.
- HERRERO, Y. (2015) "Vivir y trabajar en un mundo justo y sostenible" En *La ecología del trabajo: el trabajo que sostiene la vida*, Mora Cabello de Alba, L. Escribano Gutiérrez, J. coords., págs. 55-70.
- HERRERO, Y. (2015) "Apuntes introductorios sobre el Ecofeminismo" En *Boletín del Centro de Documentación Hegoa*, N°. 43, págs. 1-12.
- HERRERO, Y. (2017) "Cooperar y cuidar de lo común para sobrevivir", en *Rebeldías en común: sobre comunales, nuevos comunes y economías colaborativas*, págs. 215-223.
- HERRERO, Y. (2019) "Ecofeminismos para evitar la barbarie" en *Revista Ecologista*, N° 100, págs. 45-47.
- Medianeras (Gustavo Taretto) Rizoma Films- Eddie Saeta S.A-Pandora Film-Zarlek Producciones-INCAA, Argentina 2011.
- PULEO, A. (2011). *Ecofeminismo para otro mundo posible*. Madrid: Cátedra.
- PULEO, A. (2019). *Claves Ecofeministas. Para rebeldes que aman a la Tierra y a los animales*. Madrid: Editorial Plaza y Valdés.
- RAMÍREZ GONZÁLEZ, J.L. (1996). "El espacio del género y el género del espacio", en *Astrágalo. Cultura de la Arquitectura y la Ciudad*, núm. 5, p. 9.
- SANÍN, C. (2018) "Árboles de Bogotá", *VICE-Colombia*, 13 de septiembre de 2018 [En línea: https://www.vice.com/es_latam/article/59apj8/arboles-bogota-enrique-penalosa-carolina-sanin]
- SANTOS, M. (1996). *De la totalidad al lugar*. Barcelona: Oikos-Tau.
- SANTOS, M. (1996). *Metamorfosis del espacio habitado*. Barcelona: Oikos-Tau
- SANTOS, M. (2000). *La naturaleza del espacio*. Barcelona: Ariel.
- VÁZQUEZ MEDEL, M.A. (Dir.) (2003). "Bases para una Teoría del Emplazamiento", En *Teoría del emplazamiento: aplicaciones e implicaciones*. Sevilla: Alfar.
- VIOLI, P. (1991). *El infinito singular*. Madrid: Cátedra.
- WEIL, S. (1996). *Echar raíces*. Madrid: Trotta.
- WEIL, S. (2000). *Escritos de Londres y últimas cartas*. Madrid: Trotta.